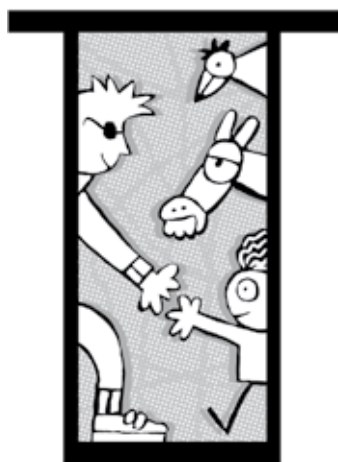


¿Me ajuntas?

Seve
Calleja
Dibujos de
Carlos
Ortín





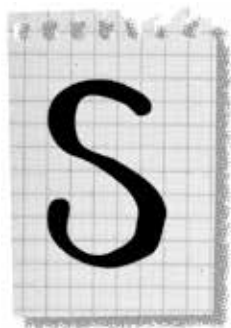
¡TE CAMBIO!

Ese era un chico como cualquier otro. Acababa de llegar y era el nuevo de la clase. Por eso los demás no hacían más que mirarlo como a un bicho raro. Y no era ningún bicho raro. Sólo más bajito que los demás, aunque, sentado casi no se le notaba. Y era bastante oscuro. Y no traía mochila. Ni calcetines. Ni libros ni cuadernos. Ni nombre.

«¡Qué raro es ése!», pensaban todos a la vez, sin atreverse a decirlo en voz alta.

«Ése es tonto», volvían a pensar casi todos porque no sabía casi ni leer, ni escribir, ni salir al encerado, ni jugar en los recreos, ni chillar, ni nada.

Por eso, desde el día en que llegó, muchos en clase empezaron a llamarle Ese. Y a él le pareció bien. Y lo primero que aprendió fue a escribir su nombre así:



También Maribel era una chica normal y corriente. Sólo que era de la talla XL porque

medía casi dos metros. Por eso nunca se sentaba nadie a su lado, porque casi no se cabía. Y no era ni la más lista, ni la más guapa, ni nada. Sólo que el verano pasado había estado en Inglaterra. Y eso sí que se le notaba por todas partes: por su mochila nueva, por su ropa, por su forma de hablar y, sobre todo, por su forma de decir sí. Porque no decía «sí». Prefería decir «yes». Por eso la maestra tenía que llamarle la atención a todas horas:

–Se dice sí, sí, sí.

Y todos en clase empezaron a llamarla Sisí, para que no se le olvidara. Aunque, en realidad, ella prefería firmar siempre así:



Mary Elizabeth

El primer día, Ese se sentó junto a Sisí, porque era el único hueco que quedaba libre, y sólo él podía caber en un hueco tan pequeño. Lo primero que hizo su compañera de mesa fue enseñarle a escribir su nombre en inglés así:

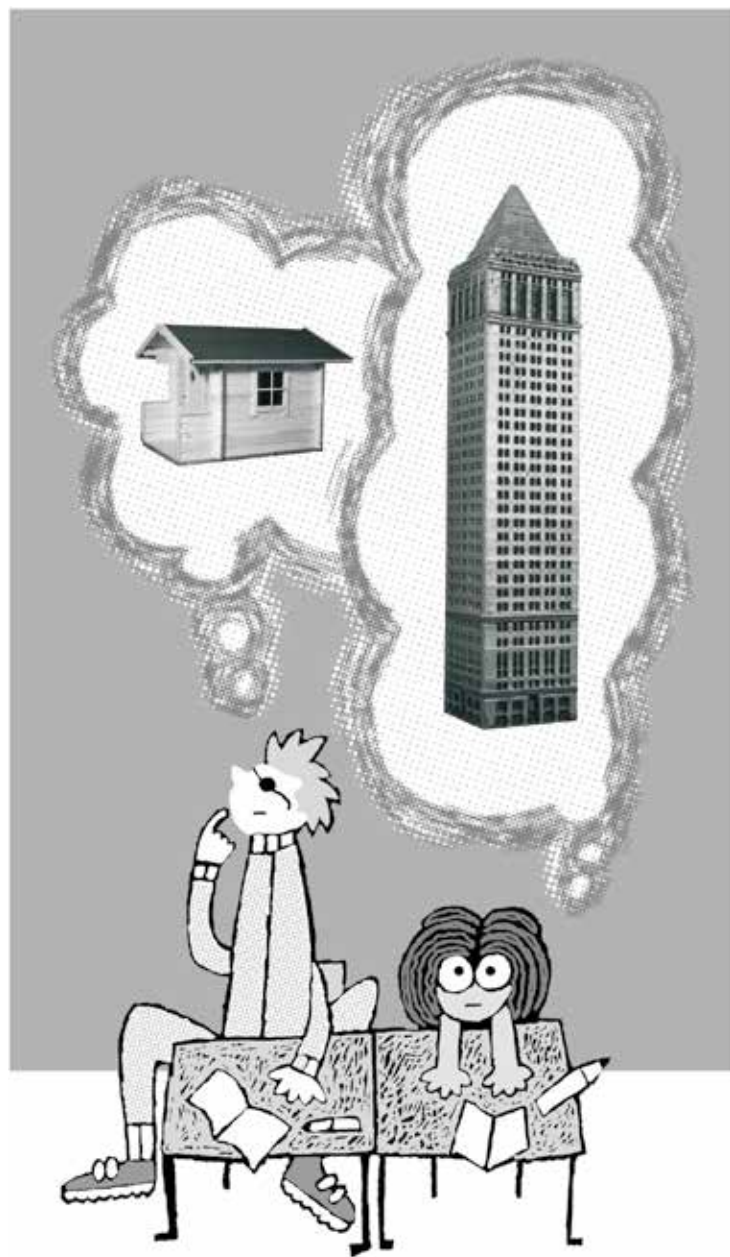


Desde entonces, iban siempre juntos a todas partes.

–Mira a Ese con Sisí –decían los chicos.

–Mira a Sisí con Ese –decían las chicas.

Y todos se les quedaban mirando como si fueran dos bichos raros. Eran tan diferentes que no se parecían a la gente corriente. Pero Sisí había visto que, en Londres, la gente corriente era muy diferente: que había negros y blancos, rubios y morenos, guapos y feos. Y, sin embar-



go, todos hablaban en inglés. Aunque vistieran ropas diferentes y no se parecieran casi nada.

Ese, con su melena negra y ondulada, sus ojos grandes como platos y sus piernas de lagartija, le resultaba un compañero súper a Sisí. Y a él Sisí, con su pelo tan corto, con sus deportivas del 42, su chándal de colores, su cara tan redonda y sus gafas de sol, le parecía la chica más dulce de la clase, la más inteligente y la más divertida.

–¡Súper! ¡Qué diferentes somos! ¿A que sí?
–solía decir Sisí.

–Sí, Sisí –respondía siempre Ese complacido.

–Tienes que venir a mi casa –comentó Sisí.

–Y tú a la mía –le respondió Ese.

Sólo que luego, en lo demás, eran muy diferentes:

–Oye, ¿tú dónde vives? –quiso saber Ese.

–Aquí cerquita –respondió Sisí–. ¿Y tú?

–Yo, allí lejotas.

Mientras caminaban en silencio, Ese se imaginaba la casa de su amiga:

«Tiene que ser una casa muy alta como los rascacielos en el cine. Sí, tiene que ser muy alta para no tener que vivir siempre agachada. ¿Tendrá tantos hermanos como yo?».

Y Sisí imaginaba la casa de su amigo:

«Tiene que ser una casa bajita como las de los cuentos. Sí, tiene que ser muy baja para no pasar frío en invierno. ¿Será el único hijo de un padre leñador o pescador?».

Y al terminar de imaginar los dos en silencio, se sentaron en un banco del parque a comprobar si lo que había imaginado cada cual se parecía mucho, bastante, poco o nada. Sólo

que hablaban tan a la vez y tan rápidamente que casi no podían notar la diferencia.

«Pues la casa de Ese no es tan diferente de como yo me la imagino...», pensaba Sisí con los ojos cerrados, para poder compararla con las de sus libros ingleses.

«Pues la casa de Sisí es muy parecida a como la imagino...», pensaba Ese con los ojos bien abiertos, para poder compararla con los grandes edificios que rodeaban el parque.